



Escisión al interior de la pandilla Barrio 18 en El Salvador: Una mirada antropológica*

Luis Enrique Amaya
Juan José Martínez

San Salvador, El Salvador
leamaya@gmail.com

Recibido: mayo 30, 2015
Aceptado: junio 30 de 2015

BIBLID [2225-5648 (2015), 5:1, 149-178]

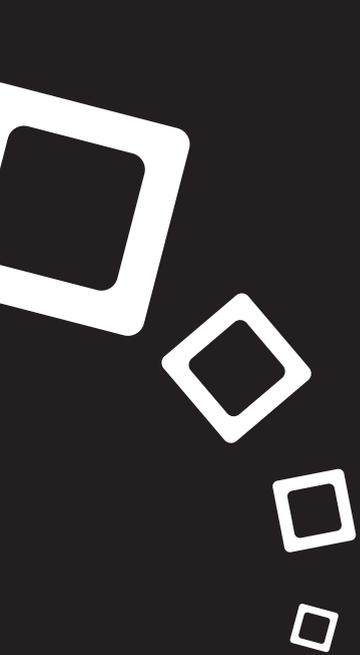
Resumen

Este artículo tiene por objetivo general examinar y analizar preliminarmente, el proceso a través del cual se dividió la pandilla Barrio 18 en “los Sureños” y “los Revolucionarios”. La metodología empleada se ha basado en la aplicación de las técnicas de revisión documental y entrevistas en profundidad. Este trabajo arranca de un esfuerzo previo, en el que, con una visión holística, se entiende a las maras o pandillas a partir de cuatro criterios: 1) Su forma organizacional; 2) Su composición; 3) La naturaleza de sus acciones; y 4) Su conjunto de valores y normas socioculturales. La definición de pandilla como categoría en clave de identidad resulta esencial. La necesidad de construir una definición holística de pandilla tiene el objetivo de evitar “suavizar” el accionar delictivo de los pandilleros, así como “sobre-criminalizar” a las pandillas.

Palabras clave

Barrio 18, maras y pandillas, escisiones criminales, sur-sureños, revolucionarios.

* Artículo académico original encomendado por el Centro de Investigación Científica (CINC-ANSP) para su publicación en el séptimo número de la revista “Policía y Seguridad Pública”



**Division inside
Barrio 18 gang
in El Salvador:**

**An anthropological
view*.**

Luis Enrique Amaya
Juan José Martínez

San Salvador, El Salvador
leamaya@gmail.com

Received: May 30, 2015
Accepted: June 30, 2015

BIBLID [2225-5648 (2015), 5:1, 149-178]

Abstract:

This article's general objective is to provide a preliminary examination and analysis of the process through which Barrio 18 split into "los Sureños" and "los Revolucionarios". The methodology this study was based on, used specialized techniques such as document review and in-depth interviews. This work starts from a previous effort, in which, through a holistic vision, gangs or maras are understood from four different perspectives: 1) Their organizational structure; 2) Their composition; 3) The nature of their actions; and 4) Their set of values and socio-cultural norms. The definition of gang as a key category as far as their identity is essential. The need to build a holistic definition of gang is meant to "tone down" gang member's criminal activities, as well as to "over-criminalize" gangs.

Key words:

Barrio 18, maras and gangs, criminal divisions, sur-sureños, revolucionarios.

* Original study commissioned by the Centro de Investigación Científica (CINC-ANSP) for its publication in the seventh issue of the "Police and Public Security" Journal.



I. Introducción

El ensayo titulado “Escisión al interior de la pandilla Barrio 18 en El Salvador: Una mirada antropológica”, es una contribución al séptimo número de la revista “Policía y Seguridad Pública”, editada y publicada por el Centro de Investigación Científica (CINC) de la Academia Nacional de Seguridad Pública (ANSP). El objetivo general del estudio es examinar y analizar, al menos preliminarmente, el proceso a través del cual se dividió la pandilla Barrio 18 en dos facciones conocidas como “los Sureños” y “los Revolucionarios”.

La metodología empleada se ha basado en la aplicación de las técnicas de revisión documental y entrevistas en profundidad. Así, se efectuó una revisión de varios documentos, desde académicos y periodísticos, hasta de inteligencia policial, relacionados con la temática de investigación, además de un paquete pequeño pero sustantivo de entrevistas con miembros de la pandilla Barrio 18, entre los que figuraron reconocidos líderes históricos.

La exploración documental y de campo se orientó a dos grandes aspectos de análisis:

- Proceso de división de la pandilla Barrio 18 entre “los Sureños” y “los Revolucionarios”.
- Dinámicas actuales de la pandilla Barrio 18.

En primera instancia, se expone un recorrido bibliográfico de algunos de los materiales disponibles más relevantes acerca del tópico de maras o pandillas, dentro del cual se presentan diferentes definiciones que se han esbozado sobre este fenómeno social y delictivo. Este primer apartado cierra con una propuesta propia de definición. En segundo lugar, se describe brevemente, con una perspectiva diacrónica, la evolución de la pandilla Barrio 18, desde su surgimiento en la ciudad de Los Ángeles, California, hasta el inicio del proceso de ruptura vivido en El Salvador. El tercer apartado da cuenta de la división, propiamente tal, sufrida por la pandilla Barrio 18, detallando las interioridades de ese evento. Finalmente, el ensayo recoge algunas de las conclusiones más importantes que se pueden extraer de los datos recabados.

II. Marco referencial

Según Ward (2012), los aparatos gubernamentales de algunos países, ciertos medios de comunicación y estudios poco afortunados, han creado la idea generalizada de que las pandillas son organizaciones inmensas, con una miríada de miembros, altamente jerarquizadas y con estructuras sólidas y permanentes a lo largo del tiempo. Es esta noción de las pandillas como “superestructuras” del crimen la que podría haber coadyuvado a

generar un clima propicio para la implementación de ciertas políticas públicas en beneficio de determinados grupos de poder (Valenzuela, Nateras y Reguillo, 2007). En esta línea, Silva (2014), en una investigación sobre la corrupción dentro de la policía salvadoreña, muestra cómo los discursos políticos en torno al tema de la seguridad se han enfocado en dibujar a las pandillas como grupos transnacionales, muy articulados y verticales, con amplias capacidades delictivas, además de señalarlas como la amenaza por antonomasia para la sociedad. Según este autor, esto se ha urdido en el marco de planes deliberados, dirigidos a minimizar la percepción sobre las acciones sistemáticas de estructuras del crimen organizado, en las que aparentemente se han visto involucrados importantes jefes policiales, políticos y altos funcionarios.

Ahora bien, esto no significa que no existan pandillas con grandes estructuras y cientos de miembros. De hecho, hay notables ejemplos en ciudades estadounidenses como Chicago, Nueva York y California; sin embargo, pareciera que estos casos puntuales se han tomado como base para hacer una generalización excesiva del fenómeno. La mayoría de pandillas en realidad tienen entre 15 y 50 miembros, y no son totalmente verticales. Claro está que varían en nivel y membresía dependiendo del contexto, pero la mayor parte de pandillas son más bien “altamente desorganizadas”, dirá Ward (2012).

Por otro lado, este mismo autor sostiene que una de las características de las pandillas es su constante movimiento y mutación. No son grupos estáticos. Pueden transformarse y adoptar otras clases de figuras organizacionales. El caso de la Mara Salvatrucha 13 (MS-13), justamente, sirve como ejemplo, puesto que comenzó siendo una pandilla stoner y terminó convirtiéndose en una pandilla tradicional o vertical, como él les llama. Adicionalmente, dos ejemplos más ilustran bien estas posibles transformaciones: Los casos de las pandillas Latin King y Mao-Mao.

La pandilla Latin King, en España (Scandroglio y López, 2010), luego de un proceso participativo estimulado desde el ayuntamiento, pasó a convertirse en una agrupación cultural juvenil, una especie de ONG. Por su parte, la pandilla Mao-Mao cambió sus actividades, originalmente enfocadas en las agresiones recíprocas con una larga lista de pandillas barriales de San Salvador en los años ochenta, por otras de naturaleza distinta, como el narcomenudeo, el sicariato, el robo de automotores y la venta de los mismos en piezas. La pandilla Mao-Mao se volvió, así, una banda especializada.

En suma, no solo existe una visión poco fundamentada sobre la estructura de estos grupos, sino también hay ideas poco precisas sobre el uso que hacen de la violencia. Howell y Griffiths (2015), en un trabajo muy reciente, explican cómo uno de los 10 mitos más generalizados acerca de las pandillas estriba en considerar a la violencia, las drogas y el crimen como

inseparables y propios de estas agrupaciones. Amaya y Martínez (2012) sostienen que uno de los ejes transversales en la identidad pandilleril se asocia con el ideario de oposición con respecto de “los otros” antagónicos. No obstante, no siempre este antagonismo se expresa de formas violentas o agresivas. Muchas veces tiene que ver con un sentido de competencia o de prestigio, al estilo de las pandillas de *grafiteros* y de *break-dancers*.

Perea (2007) sigue un camino particular y explica la identidad pandilleril en virtud de tres procesos. El primero consiste en una ruptura con “lo establecido”, para lo cual se apoya en la metáfora de “el tiempo paralelo”. Utilizando esta figura, el autor plantea que la característica primaria de una pandilla es su distanciamiento no solo con las instituciones del Estado, sino con una lógica formalmente establecida de vivir, instaurada por un sistema predominantemente liberal. El segundo rasgo se vincula con la capacidad de protección y transgresión de y hacia otro grupo. Según este autor, el consumo de drogas está presente y cruza de manera recurrente los relatos de vida de los miembros de pandillas. Es más, el ejercicio de la violencia se ubica, en este esquema, como una derivación del consumo de drogas, ya que para obtenerlas es necesario robar, extorsionar o, en general, ejercer violencia. A partir de ahí se entiende que para los pandilleros sea clave el control del territorio, por cuanto necesitan tener dominio sobre el lugar donde se comercializan los narcóticos. El tercer elemento es la idea del poder y estatus como apuesta crucial de los pandilleros, tanto hacia afuera del barrio o la comunidad como hacia adentro de la propia pandilla.

Vergara (2010) concluye, en su investigación sobre pandilleros en Ayacucho, Perú, que las pandillas son estructuras muy similares a lo que se conoce en ciencias sociales como “instituciones totales” (Goffman, 1972). Esto se debe a que la intimidad y la vida del pandillero activo están en constante escrutinio por parte de los otros, y las fronteras entre lo propio y lo ajeno dentro del grupo se ven diluidas por un ideario colectivo. De esta guisa, es el grupo, no un espacio físico, lo que delimita el campo de acción de los miembros de pandillas. Dentro de él expresan sus problemas, miedos y esperanzas, y se ven inmersos en un proceso de colectivización que pasa, más que por borrar las individualidades, por agruparlas en una sola gesta. Este autor plantea, como ejemplo de este proceso, la cuestión del argot o caló. Este es precisamente un modo de poner límites y fronteras al grupo. Así, se usan las palabras como símbolos de pertenencia, y solo aquellos que están dentro del círculo social pueden comprenderlas a plenitud. Es otra manera de delinear la puerta identitaria de entrada al “nosotros”.

Partiendo de lo anterior, una de las primeras definiciones de “mara o pandilla” que se propusieron en el país fue:

La mara o pandilla se puede entender como la agrupación intermedia entre el grupo natural de amigos y la banda; las bandas serían las agrupaciones estructuradas alrededor del ejercicio de la violencia criminal. En la pandilla, la violencia no es el fin último: Tiene un lugar en medio de un conjunto de actividades y roles sociales orientados a afianzar el sentido territorial. (Smutt y Miranda, 1998)

Cruz y Portillo (1998), en cambio, tratan de enumerar las características principales del fenómeno pandilleril, en un momento en el que empezaba a captar la atención de académicos y autoridades públicas, como un problema de seguridad de considerable envergadura. Ante la pregunta sobre las motivaciones para ingresar a las maras o pandillas, la mayoría de miembros activos entrevistados en esa oportunidad dijeron sentirse atraídos por “el vacil”. Este término, lejos de la interpretación dada a la sazón, como un conjunto de actividades meramente lúdicas, tiene significados un poco más profundos. Esa palabra engloba una forma de vivir y un fuerte sentido de pertenencia. También implica un ejercicio de la violencia ritualizada.

“Cuando yo salí del penal, varios ‘locos’ me hablaron y me ofrecieron carro, cuete y otras ondas. Me dijeron que me agarrara varias ‘rentas’. Yo no quise meterme a seguir andando en eso, pero igual los homeboy me respetan acá en la colonia, porque saben que tengo años de ‘vacilar’ con la pandilla”. (Miembro de la MS-13, entrevista personal, 2010)

Valenzuela et al. (2007) intentan definir a las maras como un grupo aparte y *sui generis* –distinto de las pandillas–, cuyos rasgos esenciales se asocian a las representaciones culturales. Así, dicen:

Las maras (...) conforman una dimensión juvenil compleja y heterogénea que también debe analizarse desde perspectivas socioculturales que interpreten de forma solvente la comprensión de elementos que las definen como el lenguaje, el cuerpo (tatuajes, gestualidad y vestuario), el grafiti y sus formas de organización.

Como se puede apreciar, existe una diversidad de autores que han definido el fenómeno pandilleril desde variados ángulos. Algunos se han basado en autodefiniciones que hacen los propios miembros de pandillas sobre su grupo y su identidad; otros, por el contrario, han tomado como punto de partida su forma de organizarse, o su estética y sus expresiones manifiestas (atuendo y códigos de comportamiento), etc.

Este trabajo arranca de un esfuerzo previo (Amaya y Martínez, 2012), en el que, con una visión holística, se entiende a las maras o pandillas a partir de cuatro criterios:

1. Su forma organizacional (estructura y jerarquía);
2. Su composición (perfil de los miembros);
3. La naturaleza de sus acciones (uso de la violencia, acciones fuera de la ley, etc.); y
4. Su conjunto de valores y normas socioculturales (no las expresiones manifiestas, sino los valores culturales profundos que tienen salida en dichas expresiones, tales como la vestimenta, el lenguaje, etc.).

1. Su forma organizacional. Las maras o pandillas acostumbran organizarse en torno a una unidad territorial bien delimitada. Por lo general, se vinculan a un municipio, una comunidad, un barrio, un cantón o incluso una calle. Es una manera de fundirse con las comunidades como un producto de las mismas, y es un modo de reivindicar una identidad creada desde su condición de marginalidad. A partir de ahí, surge otra característica distintiva, la cual tiene que ver con una lógica de confederación. Cuando estos grupos crecen, usualmente lo hacen habilitando una suerte de “cadena de sucursales” o grupúsculos codependientes del grupo original. Lo habitual, al menos en la región, es que, para el caso de la MS-13, a estos grupos se les llame “clicas”, las cuales se agrupan para conformar “programas”; mientras que, por su parte, en lo tocante a la pandilla Barrio 18 se habla de “canchas”, como unidad organizacional más pequeña, las que, a su vez, se aglutinan y suman para integrar “tribus”. Son subgrupos con cierta autonomía, jerarquía propia y que suelen guiarse por una óptica local antes que nacional o, menos aún, transnacional. La mayoría de relaciones significativas se dan en el seno de estas “clicas” o “canchas”, según sea el caso, las cuales mantienen un sistema de *big man* u “hombre fuerte” (Martínez, 2013) muy impersonal, por cuanto el esquema como tal es constante en el tiempo, pero no lo son las personas. La fórmula rotativa de estos grupos es muy dinámica y permite el relevo de poder en períodos relativamente reducidos. Este rasgo hace que las maras o pandillas se vuelvan atractivas para muchos jóvenes, debido a que pueden aspirar a cuotas elevadas de poder en plazos cortos.

2. Su composición. Las pandillas, salvo excepciones muy puntuales, están mayoritariamente conformadas por jóvenes entre los 12 y los 30 años (PNUD, 2009), cuya procedencia –nuevamente, salvo casos aislados– corresponde a sectores excluidos y marginados de las sociedades a las que pertenecen. Una gran cantidad de estos jóvenes han tenido historiales de abandono y violencia dentro de sus hogares, así como un sentido muy deteriorado de ciudadanía, entre otras condiciones. Comparten una identidad desde su calidad de personas marginadas y parecieran tener conciencia de saberse en la orilla de un ordenamiento social que, desde su punto de vista, les excluye y hasta agrede. De hecho, entre los más connotados líderes pandilleriles se puede hallar un discurso y una retórica justificativa y reivindicativa en esta línea.

Otro punto fundamental es que la mayoría de pandilleros activos son hombres, lo que no quiere decir que el fenómeno sea esencialmente masculino, como se ha querido defender en reiteradas ocasiones. Por ejemplo, las figuras de la madre y la pareja son trascendentales, sobre todo si se toma en cuenta que buena parte de la pandilla se encuentra dentro de los centros penales, y son justamente estas figuras femeninas las que tienen acceso y están en constante comunicación con los pandilleros. Además, aunque las mujeres talvez tienen papeles poco protagónicos dentro de las esferas de mando, resultan piezas clave en un nivel operativo. Adquieren roles como el cobro de extorsiones (Bergman, Amaya, Fondevila y Vilalta, 2015), el espionaje en territorios enemigos, el soborno a policías, la obtención de información, entre otros.

Como última característica, puede apuntarse que el fenómeno es principalmente urbano. Esto no significa que no haya presencia pandilleril en las zonas rurales; es más, la hay, y cada vez con mayor fuerza. Empero, hay que recordar que las maras o pandillas nacen y se desarrollan en contextos ciudadanos, asociadas a procesos urbanísticos e industriales acelerados y desorganizados. El origen mismo o tronco común de las pandillas hegemónicas de El Salvador se halla en una ciudad tan grande y cosmopolita como Los Ángeles, California.

- 3. La naturaleza de sus acciones.** En cuanto al uso de la violencia, esta tiene un carácter simbólico mucho más acentuado que en el caso de la violencia ejercida por las bandas especializadas. Estas últimas emplean la violencia con una lógica más “empresarial”, al servicio de la obtención de réditos económicos a través de la actividad criminal especializada. En cambio, las acciones de violencia en las maras o pandillas tienen que ver, particularmente, con el mantenimiento de un sistema de agresiones recíprocas con los otros grupos antagonicos, los cuales suelen ser otras pandillas con estructuras similares. Como bien lo apunta Savenije (2009), si una pandilla finalmente exterminara a la otra, atravesaría por una crisis de identidad. En otras palabras, la violencia que las pandillas ejercen entre sí está atada a un sistema jerárquico y de prestigio. Este clima de agresiones recíprocas es muy importante dentro de la identidad pandilleril, puesto que la posición dentro del grupo de pertenencia está en función y dependencia de los actos de “bravura” que se despliegan contra el otro grupo, incluyendo aquellos que se dirigen contra las instituciones del Estado.

Una característica de este sistema de agresiones es que responde sobre todo a una lógica local. En último término, en el caso de la región, pareciera que no es toda la MS-13 la que está en guerra contra todo el Barrio 18, como típicamente se cree. Por el contrario, se trata más bien de “clicas” y “canchas” contiguas, es decir, de conflictos municipales, comunitarios o barriales entre pandilleros que, de ordinario, se



conocen. En muy raras ocasiones los miembros de pandillas cometen actos de violencia contra “clicas” o “canchas” enemigas de otros municipios o de otros departamentos.

4. Su conjunto de valores y normas socioculturales. Acá se entienden los valores culturales como las ideas y concepciones que orientan la vida cotidiana de los individuos. Estos valores no son fijos, sino que están en constante “negociación” entre lo tradicional y lo moderno, la cultura hegemónica y las culturas subordinadas, lo propio y lo externo, lo autóctono y lo impuesto. Por otro lado, estas ideas y concepciones están en permanente reproducción, por medio de ritos y rituales en donde, a través de símbolos, se legitiman, crean e inhiben ciertos valores. Ahora bien, estas concepciones o formas ideales de vivir están custodiadas por ciertas normativas que deben ser observadas. De esta forma, cada valor viene acompañado de una serie de prohibiciones, regulaciones y códigos. En el caso de las pandillas salvadoreñas, se detectan ciertos valores e ideales importantes y diseminados al interior de estas agrupaciones, a saber:

- *El penetrador.* El homosexualismo pareciera estar penado dentro de las pandillas. Sin embargo, en particular, se castigaría el “rol” que se juega dentro de una relación homosexual. Es decir, si un pandillero es quien penetra a otro hombre, el estatus de la pandilla está “a salvo” y el pandillero, en rigor, no es considerado “homosexual”, por cuanto él se mantiene en su rol de hombre. No obstante, cuando es él quien es penetrado, se considera un acto degradante, ya que el rol que juega es el de mujer, a lo que se asocia la debilidad, y esto puede ser sancionado con la muerte.

“Mirá –dijo viéndome–, en la mara te podés morir de varias formas. Vaya, suponete que yo estoy ‘pajeando’ una pistola y mato un homeboy; vaya, ahí mismo te matan. A ésos nosotros le llamamos ‘pesetas’. Les decimos ‘peseta’ porque... no valen nada, pues. Alguien que mata a un mismo homeboy no merece la vida. Además, a esos les va mal, porque tienen problemas con la propia pandilla, con los ‘chavalas’ y con los ‘juras’. Están cagados por todos lados, pues. Te morís también por bocón. Vaya, que a mí me agarren y yo ande hablando mierdas a los ‘juras’, diciéndoles ‘va, éste y éste son ahí los que... va’. ¡Y te morís también por maricón! Si vos sos de la mara, puta, no podés andarte metiendo con maricones porque... no, pues, porque te bota plante esa mierda, le bota el plante a la mara. Vaya, puta, dice uno, no pudo ni siquiera conseguirse una mujer gorda, una así toda hecha mierda ni siquiera, ni una vieja.” (Miembro de la MS-13, entrevista personal, 2010)

Parfraseando a Bourgois (2013), la identidad de las pandillas está ligada a un sentido especial de masculinidad. No es casual que en este tipo de grupos los hombres tengan un papel protagónico, en donde la feminización es signo de degradación y debilidad. Al vivir el grupo en una constante “negociación” entre lo individual y lo

colectivo, la vida o el espacio personal se pasa también al ámbito de lo colectivo, y así es como el prestigio del grupo se deposita en el pandillero, y el desprestigio del pandillero se traspasa al grupo.

- *El pandillero pulcro.* Si bien es cierto que la identidad pandilleril se ha formado dentro de una conciencia de clase muy *sui géneris*, reconociéndose como excluidos dentro de un sistema político, social y económico que, a su juicio, les margina, pervive una idea asociada al estatus, en virtud de la cual el pandillero debe posicionarse por encima de los demás de su propio medio. Es decir, dentro de ese “desecho social”, ellos deben procurarse una postura ventajosa y no degradante. Así, muchas de las normas de las pandillas conciernen a la manera de comportarse y a una imagen proyectada tanto a sí mismos como hacia ese conglomerado que los ubica al margen. Se podría decir que van encaminadas a mantener en alto el estatus de la pandilla y a salvo una posición social que transita de lo personal hacia lo colectivo y viceversa. La MS-13 y la pandilla Barrio 18 son agrupaciones que, en última instancia, se expresan a través de los individuos que las integran. Las maras o pandillas son reductos insertados en las clases populares, que permiten, entre otras cosas, generar estatus. Por ejemplo, todas las prohibiciones en cuanto al uso de drogas, alcohol y otros psicotrópicos tienen que ver con este valor, ya que dichas sustancias están asociadas, en la cultura popular, con la degradación personal. No es aleatorio ni accidental que las drogas más censuradas sean el crack y la pega. Esto no obedece a una consideración con respecto de los daños que causan a la salud, sino más bien a lo que su consumo representa en términos simbólicos, puesto que están asociadas con las prácticas de categorías bajas y hasta de indignidad.

“Una vez mi ‘palabrero’ me encontró oliendo pega y se me tira encima a darme con todo. Él ya me había dicho: ‘Mirá bicho, cada vez que te vea oliendo esa mierda te voy a dar verga hasta que dejés el vicio, porque los eme eses no hacemos eso; la mara no huele esa mierda’. Entonces, esa vez que me encontré oliendo me dio verga hasta que me dejó tirado en el suelo, y hasta sangre me comenzó a salir por los oídos...” (Miembro de la MS-13, entrevista personal, 2010)

- *El bravo.* Dentro de las maras o pandillas, especialmente las salvadoreñas, desde su gestación en Los Ángeles, California, se ha ido generando y fortaleciendo el valor de la “bravura”, entendiéndola como una aptitud deseable en los pandilleros. Se trata del arrojo en la práctica de la violencia como una forma de vivir. Es posible que casi todas las pandillas ponderen este valor, aunque no siempre es expresado del mismo modo. Como bien apunta Ward (2012), no todas las pandillas ejercen su antagonismo con violencia. Empero, el valor de la “bravura”, en senti-

do amplio, no se limita a acciones violentas concretas, sino a una manera intempestiva e impulsiva de comportarse. Esta idea suele transmitirse a través de relatos y rituales igualmente violentos.

“Una vez estábamos en el centro con unos homies y de repente vimos que venían unos ‘chavalas’, y ahí estaba el finado (asesinado) ‘Gato de Hollywood’; y como yo estaba bien chiquito, me dio miedo y me puse a chillar, mientras ellos se daban verga. Después del desvergue, ‘el Gato’ vino y me dio verga a mí por no haber ‘reventado’. Me dijo que era de maricones no ‘reventar’, que la onda era no pensar, solo saltar encima de los enemigos.” (Pandillero veterano, entrevista personal, 2015)

Este valor también se expresa en el modo de entrar y ascender en una “clica” o “cancha”. Se pondera en un primer momento el número de actos de “bravura” que se ejerzan con relación al grupo antagonico; empero, todavía más importante es la forma de cometerlos. Se reconoce la agresividad y el arrojo que se haya tenido. La barbarie exhibida es, en definitiva, lo que determinará la velocidad con que el neófito escale por los peldaños de la pandilla. Otro ejemplo de cómo se pondera la “bravura” como una manera deseable de comportarse se aprecia en uno de los relatos favoritos de los pandilleros recluidos en el centro penal de Ciudad Barrios. Éstos cuentan que hace algunos años, cuando ese penal era únicamente para menores de edad y habían miembros de ambas pandillas, un MS-13 logró romper los barrotes del techo y, en vez de tratar de escaparse, se coló al sector de sus enemigos y decapitó a uno de ellos dentro de una celda, para luego regresar al sector correspondiente a su pandilla. De nuevo, en esta historia los pandilleros reproducen el valor de la “bravura” como algo importante y transmisible. Es este valor, asociado a una serie amplia de variables, lo que permitió que la MS-13 se posicionara como una pandilla temible en los diferentes nichos en donde se ha insertado. El pequeño relato del penal de Ciudad Barrios muestra claramente cómo se vive este valor dentro de una pandilla, y lo importante que es mantenerlo vigente. No obstante, en el relato, el valor está bien atado a otros igual de importantes.

- *El pandillero leal.* La lealtad, entendida como una actitud hacia el grupo, se ve simbolizada en diversas expresiones de la pandilla. El tatuaje es una de las más evidentes y significativas. Lejos de lo que normalmente se piensa, esta práctica no tiene que ver solo con un formalismo estético. El cuerpo y cómo este se use es “una forma particular de experimentar la posición en el espacio social” (Bourdieu, 1986). Así, excluidos dentro de los excluidos, los pandilleros reivindican su propia marginación y la exponen desde una posición retadora ante la sociedad. El tatuaje es precisamente un pacto con la pandilla dentro de este marco general de marginación. Es un acto “performativo” de lealtad. Los tatuajes se van a

la tumba con el pandillero, su carácter permanente marca un antes y un después en la relación pandillero/pandilla, es una especie de matrimonio, una vía para defender el grupo incluso con respecto de uno mismo. La lealtad se expresa también en otras modalidades. Un relato de un pandillero veterano ilustra muy bien esta realidad.

“Estaba yo bien bichito en un local de maquinitas de Mejicanos, ya era yo de la mara y estaba con otros homeboy, y en eso entró un maje así viejón con una gardina negra y nos sacó dos pistolas. ‘¿Vaya pues, ustedes son de la Mara Salvatrucha?’, y yo le dije: ‘Simón, la Marata que para, viola y controla’, y los otros que estaban conmigo, aunque eran más viejos que mí, se cagaron; ‘no, no somos nada’, le dijeron. Entonces de ahí él se reveló y nos dijo que era también MS-13. A los otros les dieron verga los viejos. A mí me dijeron que era un homie firme, que no andaba negando el barrio. Y así es la onda, si uno se mete a esto es para siempre, para morir por el barrio”. (Miembro de la MS-13, entrevista personal, 2010)

En los últimos años, fortalecer este valor se ha vuelto una de las apuestas principales para las maras o pandillas, ya que el arma más eficiente de la Fiscalía General de la República (FGR) son los “testigos protegidos” o testigos con “criterio de oportunidad”, conocidos en el argot policial y fiscal como “criteriados”, y en el argot pandillero como “pesetas”. Nuevamente, este es un término que migra desde Estados Unidos, resignificándose. En su versión original, se les llamaba “pesetas” debido a que este mismo programa de testigos en Estados Unidos era conocido bajo las iniciales de PS (*Protection System*). Estos pandilleros son cooptados por fiscales o amedrentados con condenas largas con el objeto de que denuncien a sus propios compañeros de pandilla. Uno solo de estos testigos puede dar al traste con una “clica” o “cancha” entera, como sucedió en el caso emblemático de la Hollywood Locos Salvatrucha de Atiquizaya, entregada casi en su totalidad por uno de sus sicarios más reconocidos, “el Niño de Hollywood” (Martínez y Martínez, 2014). La lealtad es un valor que se ha radicalizado en la pandilla con el paso del tiempo. Esto se expresa en lo irreversible que se ha vuelto el rito de iniciación, el cual, una vez ocurrido, ya no tiene vuelta atrás. Los pandilleros ya no pueden abandonar el grupo (Brenneman, 2012).

- *El pandillero solidario.* Los aspectos relacionados con este valor de las pandillas ha generado debate. Al afirmar que las maras o pandillas tienen un fuerte componente interno de solidaridad pareciera que se está minimizando su condición de criminales o de grupos violentos, ya que este es un valor comúnmente resaltado en otro tipo de grupos más inofensivos. Sin embargo, Cruz y Portillo (1998) atinaban cuando examinaban la solidaridad violenta de las pandillas. Por un lado, la pandilla sigue siendo un reducto de seguridad, en donde muchos jóvenes con relaciones familiares muy deterioradas, o simplemente carentes de ellas, buscan apoyo y refugio. Al entrar

a una pandilla los problemas y las penas personales se diluyen en el grupo, se adopta un sentido de pertenencia decisivo en la juventud y, en general, se obtiene una protección contra todo un ambiente y un sistema comprendido como violento y voraz. Dentro de la pandilla, al menos en un plano teórico, todo es de todos. Los problemas del grupo se vuelven personales y viceversa. Se comparte la casa, la ropa, la comida y, haciendo gala de una masculinidad exacerbada por la violencia, las mujeres. La pandilla se convierte para muchos en la familia, una familia fragmentada, pero una familia al fin y al cabo, que les dota, en colectivo, de un sentimiento de respeto dentro de sus propios contextos socioculturales y les permite existir en espacios donde, de no ser por esta pertenencia, no podrían. No obstante, esto no debe interpretarse como si las relaciones al interior de estos grupos fuesen plenamente armónicas. El marco general de ellas es la violencia. Son códigos violentos los que orientan estas conductas y típicamente los pandilleros aluden a este mismo sentimiento de solidaridad para actos de bravura internos. En palabras de un pandillero: *“Es que a ese morrito lo reclamó ‘la bestia’ (la pandilla), porque el ‘vato’, pues sí, no estaba caminando firme con el barrio y ni modo, así como en la pandilla se ama también en la pandilla se mata”*. (Miembro de la MS-13, entrevista personal, 2012)

- *El sacrificio*. Como señala Lara (2003), la visión del sacrificio está muy presente en la sociedad salvadoreña como uno de los valores principales, sobre todo de las poblaciones subalternas. Lo apuntaba también Martín-Baró (1985), en un contexto y en un tiempo diferentes (el conflicto político-militar de los años ochenta y la fuerte represión estatal), y lo asociaba a una lógica fatalista y a una serie de comportamientos y valores que, por un lado, ponderan una forma de vivir y entender la fatalidad como algo normal e ineludible y, por otro lado, como una ponderación de la muerte como una fuerza liberadora y “vivificante”. Este punto, más ligado a la religión popular, lo trabaja el antropólogo Falla (1993), en relación con el contexto sociocultural de Escuintla, Guatemala. Con estos antecedentes se puede ver cómo esa lógica sacrificial está presente en la región, con distintas expresiones y en diferentes contextos. Empero, poco se ha tratado este tema con respecto a las pandillas juveniles. Esto se debe, al menos en parte, a que no se les concibe como producto de un proceso sociocultural propio, sino como un producto enajenado, enviado desde fuera. El valor del sacrificio pareciera estar muy interiorizado en el “ADN cultural” de estas agrupaciones. Se pone de manifiesto en uno de los discursos más frecuentes de los pandilleros y en una de las frases que ya se han vuelto comunes entre ellos: “Los destinos de los pandilleros son tres: La cárcel, el hospital y el cementerio”.

Un pandillero decía algo a este respecto:

“Es que, pues sí, nosotros nos vamos a morir, cuando ‘la bestia’ lo reclame nos vamos a morir. Pero moriremos por una causa. Nuestra vida no vale nada pues ya está entregada a ‘la bestia’, somos soldados de ‘la bestia’”. (Pandillero veterano, entrevista personal, 2013)

En el ejercicio de este valor y en las normas que lo rodean se halla respuesta a una de las preguntas habituales que se hacen en torno al fenómeno de las pandillas: Si los pandilleros consideran como positiva la membresía en el grupo, ¿por qué no quieren que sus hijos sean pandilleros? La respuesta a esto se apoya en ese sentido sacrificial que expresan los propios pandilleros. Algunos lo traducen en términos más concretos como:

“Yo me he metido a ser esto y he podido dejar a mi familia en un lugar distinto a donde estaban, me tocó hacer esto para que a mis niños no les toque después lo mismo”. (Pandillero veterano, entrevista personal, 2015)

Este discurso, *mutatis mutandis*, estaba presente en los guerrilleros de los años ochenta, y probablemente en ese contexto era más sencillo entenderlo, puesto que había una ideología política que lo orientaba. Pero, si se examina en frío, el valor no es tan distinto. Se trata de ofrecer la vida por una causa. Para terminar de ejemplificar, sirve el discurso de un pandillero:

“Con la 18 hasta la maldita muerte, y ni aun muertos nos van a separar, porque siempre vamos a vivir en el corazón de los vatos que están vivos y van a pintar el R.I.P, y van a vengar nuestra muerte (...) entonces no nos van a olvidar, porque siempre vamos a vivir. Y el que muere es el fundador del barrio (pandilla), no el que vive. Si vos querés ser fundador del barrio, tenés que morir. ¿Cómo vas a fundar algo si no has derramado sangre? O sea, tenés que dar tu sangre derramada”. (Pandillero veterano, entrevista personal, 2015)

En suma, la definición de pandilla pasa por el análisis de un abanico de variables que transitan desde cuestiones estructurales, organizativas, etc., y terminan en los aspectos culturales. En términos muy sintéticos, entonces, se podría definir a las maras o pandillas como: “Un grupo de personas, por lo general jóvenes y de los estratos bajos de las sociedades a las que pertenecen, articulado en la mayoría de casos por células relativamente autónomas, dominadas por la figura de un líder u ‘hombre fuerte’, las cuales reproducen una misma serie de valores y normas. Estas células, ‘clicas’ o ‘canchas’, basan su lógica en el mantenimiento de un sistema de agresiones recíprocas con otros grupos de jóvenes, normalmente articulados de la misma forma, siendo este conflicto lo que les brinda cohesión y les permite establecer jerarquías, por cuanto genera ideas de estatus, poder y reconocimiento, conceptos que los pandilleros aglutinan en la pala-

bra 'respeto'. Los miembros de estos grupos deben de pasar antes por un rito de iniciación que simboliza la separación con el orden social ordinario. En el caso de la región norte de Centroamérica (Guatemala, Honduras y El Salvador), estos grupos expresan su conflicto con los grupos circundantes de formas violentas, al grado de constituir un serio problema de seguridad para los Estados”.

A esta definición genérica conviene sumarle un aditivo particular, y es que en El Salvador, y posiblemente en la región centroamericana, la dinámica de vida de estos grupos está dominada por un profundo sentimiento de marginación y por la persistencia de valores como el terror, el sacrificio y el fatalismo. En la región, estos valores se han instaurado y reproducido tanto desde los Estados como desde dentro de la sociedad misma. En este sentido, el hecho de que estos valores estén presentes en las pandillas salvadoreñas no constituye un fenómeno nuevo; por el contrario, evidencia un sentido de continuidad sociocultural y de reproducción de valores históricos (Ching, López, y Tilley, 2007).

III. El devenir de la pandilla Barrio 18

1. Orígenes

La historia de las dos pandillas más grandes y hegemónicas de la región comienza en Los Ángeles, California, la “Babel moderna”. Los conflictos entre las pandillas angelinas tenían, y tienen aún ahora, como componente esencial las competencias y rivalidades étnicas. Los grupos mexicanos, chicanos, afroamericanos, asiáticos, etc., al estar insertos en los sectores más bajos de la sociedad californiana, empezaron a expresar la competencia, entre otras cosas, a través de la formación de pandillas callejeras, las cuales reivindicaban en última instancia la pertenencia a tal o cual grupo étnico (Blatchford, 2011).

El sistema de pandillas al que pertenecen la MS-13 y el Barrio 18 comenzó a gestarse en los años cincuenta, en una correccional para menores cerca de Tracy, en el sur de California, donde miembros de varias pandillas como White Fence, La Primera, Varrio Nuevo Estrada, Big Hazard, Artesia, entre otras, comenzaron a unirse bajo el mandato de un joven conocido como “el Huero Buff” (Amaya y Martínez, 2014). El grupo, conformado por jóvenes chicanos o mexicanos pertenecientes a pandillas del sur de California, se volvió un serio problema para las autoridades penitenciarias, ya que se convirtieron en una estructura de “depredadores”, nombre con el que se conoce en el sistema penal californiano a los reclusos que agreden a otros reclusos, a custodios y a personal administrativo.

Con el tiempo, varios de ellos fueron transferidos a otros centros de reclusión, donde continuaron engrosando su estructura. De esa guisa, llegaron

a prisiones como Folsom y San Quentin, entre otras. En este proceso de expansión conocieron a Joe Morgan, connotado gánster del este de Europa, quien ayudó a la nueva organización a terminar de constituirse. Así nació la Mafia Mexicana, mejor conocida en el sur de California y en el sistema penitenciario de la región como “la Eme”.

“La Eme” actúa en la práctica como una pandilla de pandillas. Cualquier pandilla hispana del sur de California, salvo escasísimas excepciones, le rinde tributo a esta organización desde los años setenta. Una de las formas de rendirle tributo es poniendo el número 13 al final del nombre de la pandilla. Se trata de un “juego de sustitución” bastante sencillo (Amaya y Martínez, 2014). La letra “M”, que figura en el nombre de la Mafia Mexicana, es la decimotercera letra del alfabeto en español. Por ello, pandillas como Artesia pasó a ser Artesia 13, PlayBoy a PlayBoy 13, y así sucesivamente. Las únicas que no trasformaron su nombre fueron aquellas que ya terminaban en número, como la 18th Street, la Barrio 38, entre otras.

Como ya se ha mencionado, las identidades son dinámicas y tienen como pilar fundamental la interacción. En el caso de las pandillas, esto se presentaba con claridad. Si bien es cierto que entre las pandillas de hispanos había rivalidades y luchas, a la vez consideraban a las pandillas “Norteafricanas” y de afroamericanos como enemigo común. En consecuencia, aunque había cientos de pandillas de distinta envergadura del sur de California luchando entre sí en las calles, resultaban uniéndose en la cárcel bajo el liderazgo de “la Eme”.

En este punto, las cárceles juegan un papel trascendental. De hecho, en esto radica, en buena medida, el poder de “la Eme” por sobre las pandillas “Sureñas”. La cuestión es que tarde o temprano, y debido a la naturaleza criminal de las pandillas, se espera que los pandilleros lleguen a prisión, el cual es un espacio absolutamente controlado por “la Eme”, al menos en lo que se refiere a pandillas hispanas del sur de California. La Mafia Mexicana tiene mecanismos de poder muy efectivos. Como bien lo describe Blatchford (2011), cuando una pandilla no paga su tributo o se resiste a seguir los lineamientos de “la Eme”, los miembros de esa pandilla que se encuentren purgando condena en prisión serán asesinados o recibirán ataques o suspensión de beneficios.

La pandilla Barrio 18 tiene una trayectoria particular, algo que la distinguió en sus inicios de las demás pandillas del sistema “Sur”. El Barrio 18 abrió sus puertas a pandilleros provenientes de otros países, no solamente de origen mexicano, y ello le permitió crecer y desarrollarse como una de las pandillas más representativas de todo el sur de California.

Alrededor de los años cincuenta, en el sur californiano casi todas las pandillas hispanas asociaban su identidad a México como lugar de referencia.

No era tanto una identificación con el país en sí mismo, sino una conciencia colectiva de saberse de otro lugar, un lugar casi mítico que los diferenciaba de los demás y les hacía, de cierto modo, especiales. Es precisamente por esta idea de “identidad migrante” que casi todas las pandillas del sur californiano tenían como norma y costumbre hacer probar a los aspirantes su procedencia mexicana en un rito muy *sui géneris* de pureza.

Dentro de una de estas pandillas, la de la calle Clanton, hubo una escisión. Una facción de la pandilla fue relegada por problemas internos entre pandilleros fundadores. La parte expulsada quedó mutilada en su identidad y empezó a transitar como grupo hasta encontrar un espacio, un lugar al cual anclar su identidad: La calle 18 en la zona de Rampart (Lara, 2006).

Posteriormente, la pandilla creció con rapidez y comenzó a ampliar su territorio, a tener nuevos conflictos con otras pandillas y, en general, a posicionarse dentro del sistema “Sureño”, a tal grado que varios de sus miembros pasaron, a finales de los años setenta, a formar parte del círculo de “carnales” de la Mafia Mexicana (Blatchford, 2011).

De hecho, el conflicto con la MS-13, uno de los conflictos entre pandillas más grandes a nivel mundial, empezó luego de que el Barrio 18 apadrinara por algunos años a los pandilleros “Salvatruchos”. La razón de esta relación se encuentra, justamente, en la naturaleza multirracial del Barrio 18. Muchos salvadoreños jóvenes que habían migrado a la ciudad de Los Ángeles buscaron refugio y protección en esta pandilla, pero cuando surgió la MS-13 a principios de los ochenta sintieron cierta afinidad con una pandilla de compatriotas. La Mara Salvatrucha era por ese entonces una pandilla “chúntara”, término con el que las demás pandillas de trayectoria y renombre se referían a las pandillas pequeñas de poco prestigio. El Barrio 18 hizo alianza con estos “chúntaros” y durante los ochenta caminaron juntos. De esta manera, los “Salvatruchos” heredaron las guerras de los “dieciocheros” y copiaron algunos códigos de comportamiento. Aprendieron de ellos a vivir dentro del sistema “Sur”, un sistema complejo y violento. No obstante, esta relación llegó dramáticamente a su final en los últimos años de aquella década.

2. La guerra contra el Barrio 18: Oposición y conflicto

Sobre el origen de este conflicto hay muchas versiones. Se ha vuelto una especie de mito dentro de la pandilla. Constituye una de esas cuestiones de memoria que se van transformando y que cobran sentido dependiendo de quién lo cuente y hacia quién se dirija el relato. Hay que recordar que los actores sociales no son historiadores y no tienen una fijación científica con el detalle de los sucesos. Los relatos se van transformando en la medida en que dan sentido a ciertas acciones de quienes los cuentan. Los pandilleros veteranos utilizan este relato para probar su poder a través

del conocimiento de la historia de la pandilla, o para justificar el poder de una “clica” o “cancha” sobre otra en función de su antigüedad. Como sea, los inicios del conflicto se han vuelto mito y el relato ha perdido veracidad y rigurosidad histórica. Sin embargo, algo es cierto: Cuando la Mara Salvatrucha comenzó, en los años ochenta, las dos pandillas eran aliadas y, producto de un proceso de roces y conflictos, se dieron sucesos que terminaron rompiendo esa alianza.

Según Lara (2006), el conflicto se gestó, entre otras cosas, por la migración de pandilleros del Barrio 18 hacia la MS-13. Muchos salvadoreños miembros del Barrio 18 vieron en la MS-13 una identidad más cercana. Ya no tenían que esconder su acento salvadoreño ni tratar de parecer chicanos. Esto se hizo más frecuente en la medida en que la MS-13 iba entrando en el sistema “Sureño”, puesto que se volvía, por así decirlo, una pandilla legítima. Estos dos grupos se aliaron en algún momento en contra de la pandilla Crazy Riders, llegando a formar lazos fuertes de amistad. Como ejemplo, el caso de la “clica” de los Leeward Locos es bastante emblemático en este sentido. Tenía una relación tan cercana con la “clica” de la pandilla Barrio 18 de Shatto Park que se habían inventado un símbolo con las manos para identificar esta unión. Una mezcla entre la “Garra Salvatrucha” y los números romanos.

La “Garra Salvatrucha” es similar al símbolo usado por los amantes del Rock and Roll, levantando el meñique y el índice proyectados hacia los lados, no hacia arriba, y los demás dedos apuñados al centro. El símbolo del Barrio 18 se hace levantando el índice hacia arriba y proyectando los demás dedos hacia adelante, incluyendo el pulgar. Según algunos pandilleros esto simboliza los números romanos que forman 18 (XVIII). Según otros pandilleros veteranos esto simboliza una “E”, de East Side.

Hay varios hechos que fueron minando la relación de las dos pandillas, en un proceso de continuos roces. Un informante veterano describe un pleito en un parque circundante del Boulevard Pico, donde una “clica” del Barrio 18 denominada Tiny Winos (o “pequeños borrachos”, que tiene presencia en El Salvador en algunos lugares de Soyapango y en otras partes del interior del país) los atacó por primera vez. Cuenta que esa fue, además, la primera ocasión en la que se usó un arma de fuego con intenciones letales, produciéndose una persona baleada. En respuesta, él y su “clica” decidieron atacar. La acción se llevó a cabo desde un vehículo en movimiento. A estas acciones se les conoce como drive-by, un tipo de ataque prohibido por “la Eme” en todo el sur de California.

*“Yo fui en ese drive-by y me acuerdo que les pegamos. Si se murieron o si yo maté a alguno, no te lo puedo decir, porque no me bajé a verlos. Pero sí recuerdo que ese fue el primer desvergue con 18, al menos en L.A.”
(Pandillero veterano, entrevista personal, 2013)*

Ward (2012) plantea, entre otras, la versión de un *drive-by* en donde miembros de la Mara Salvatrucha atacaron a balazos a pandilleros de la Harpys 13, sin darse cuenta que con ellos se encontraba un Barrio 18 que resultó lesionado. Esta pandilla exigió compensación y la MS se negó a darla.

Pero fue entre los años 1988 y 1989 que la alianza se transformó en enemistad y conflicto. En uno de los callejones cercanos a la calle Normandie, específicamente donde cruza con el Boulevard Martin Luther King Jr., se realizó una fiesta. En este tipo de eventos era común que pandillas aliadas se juntasen, así que no fue raro que asistiera un grupo de miembros del Barrio 18, entre los cuales estaba un joven salvadoreño conocido como “el Pony”. Este joven había sido miembro de la MS, de la “clica” Western Locos Salvatrucha, y les había pedido el pase para salirse de la pandilla, aludiendo a la necesidad de trabajar para su familia. Lo cierto es que se había vuelto miembro del Barrio 18. Esto molestó a la “clica” de los Western.

“La cosa es que nosotros le habíamos dado el pase para que se saliera, pero acordate que antes para salirte de una ‘clica’ tenías que salir así como entraste: Con una vergueada de 13 segundos. Y al ‘Pony’ no lo habíamos vergueado, entonces ahí de un solo lo agarramos y le dimos verga. Nos molestó que nos había engañado”. (Pandillero veterano, entrevista personal, 2013)

Luego de que los Western golpearan al joven con especial salvajismo, los miembros del Barrio 18 que lo acompañaban exigieron una pelea para ellos también, ya que, según los códigos de las pandillas angelinas de esos años, lo que los Western hicieron fue un acto de honda deshonra para el Barrio 18, porque habían golpeado a un miembro brincado de esa pandilla. Solicitaron un *one-on-one*, que significa una pelea de uno contra uno en la cual no pueden intervenir los demás. Se paró entonces “el Popeye de Western” (ya muerto) y peleó contra “el Boxer” del Barrio 18. No está claro el resultado de la pelea. Un informante que estuvo ahí asegura que “Popeye” le hizo mucho daño a “Boxer”, pese a ser mucho más pequeño que él, y que la riña no se definió. Luego peleó “Duke de Western” contra otro pandillero del Barrio 18 y el resultado fue parecido. Derrotados, los “dieciochos” se retiraron y fueron a buscar a otros compañeros. Cuando regresaron encontraron solamente al “Shaggy de Western”. Le dispararon con una ametralladora Uzi en las piernas y murió. Esa misma noche, tanto los Western como los Leeward y otras “clicas” se organizaron e hicieron varios *drive-by* en zonas del Barrio 18. En términos sencillos: La alianza se convirtió en guerra.

Hay varias versiones acerca de cómo comenzó el conflicto; sin embargo, todos los informantes entrevistados coinciden en que “el Shaggy” fue el primer muerto, y que producto de lo que pasó esa noche arrancó el conflicto transnacional de pandillas más intenso y prolongado del siglo XX.

3. Llegada e hibridación en El Salvador

“... no'mbre, los años que más recuerdo fueron los años de los deportados. Había una onda que no se había visto (...) antes vos comprabas tu tela e ibas a que te hicieran un pantalón a donde un sastre. No'mbre, aquéllos bajaron con jeans, dickies y Ben Davis, (zapatos) Nike Cortez. Era una onda que todos queríamos esa moda y andar así”. (Pandillero veterano, entrevista personal, 2015)

Así recuerda esos años un pandillero veterano del Barrio 18, como una irrupción violenta pero atrayente de esos jóvenes deportados que bajaron con los números en el cuerpo y cargando todo un sistema cultural extraño y novedoso.

Cuando los deportados vinieron a principios de los noventa, si bien eran figuras extrañas en todo el sentido del término, no trajeron formas organizativas que acá no se conocieran. Por esos años, el conflicto de las pandillas estudiantiles había tomado nuevos bríos. Se trataba de dos grandes confederaciones: Los estudiantes de los institutos técnicos contra los estudiantes de los institutos nacionales, enmarcadas en gestas deportivas (Savenije, 2004). En estos encuentros deportivos tradicionales siempre habían participado colegios católicos como el Externado de San José, el Liceo Salvadoreño, el Santa Cecilia, entre otros (Amaya y Martínez, 2012). No obstante, producto de los reiterados enfrentamientos entre las barras, la juntas de directores de dichas instituciones decidió retirarse y dejar la liga estudiantil en manos de los institutos públicos. Éstos iniciaron una serie de conflictos que en un principio se orientó hacia los duelos entre el Instituto Nacional General Francisco Menéndez (INFRAMEN) y el Instituto Técnico Industrial (ITI). Luego se sumaron más institutos y colegios a cada bando, volviendo sus enfrentamientos un problema de seguridad pública.

Por otro lado, El Salvador estaba plagado de maras. Con ese nombre se conocía a una multiplicidad de grupos poco organizados de los barrios marginales que tenían riñas callejeras entre sí. Fueron muy sonadas la Mara Gallo de Mejicanos y Cuscatancingo, la Mara Thriller, la Mara MZ (Mara Morazán) del Parque Morazán en el centro capitalino, la Mara Chancleta, la Mara Dark Justice de la colonia La Rábida, entre otras. Estos grupos carecían de estructuras complejas y sistemas normativos estables. Tampoco tenían jefaturas fijas y ordinariamente estaban conformados por asaltantes y drogadictos, muchos de ellos huérfanos de la guerra. Estas pandillas, si bien tenían una lógica muy similar a la de las pandillas angelinas, no expresaban sus conflictos con la misma intensidad ni de forma sistemática. Su violencia se reducía a pequeños enfrentamientos con la pandilla del barrio vecino y a armar escaramuzas en los bailes y fiestas patronales.



“La onda era ir a los bailes, tirar tu pandilla, hacerte loco un rato y darte pija con los de otros barrios. Ahí salían a relucir los trabucos, las ondillas, los punzones, los espirómetros y todas esas onditas que ya no se ven. Ya después, cuando empezó esta onda, ya las pandillas fueron quedando a un lado y, pues sí... otra onda era la que venía”. (Pandillero veterano, entrevista personal, 2015)

Así recuerda esos años un pandillero de la pandilla Mara Gauchos Locos. Esto era lo que sucedía en San Salvador. En el interior del país, por lo general, los barrios eran dominados por pequeñas bandas de asaltantes, muchos de ellos excombatientes.

Con todo esto se hibridaron las pandillas. No sería preciso afirmar, como lo hacen algunas investigaciones, que las pandillas desplazaron y exterminaron a todos estos grupos. Más bien, se trató de una incorporación de los mismos a sus estructuras. De otra forma, no hubiesen podido subsistir en tierras centroamericanas. Esta integración masiva de jóvenes de diversos grupos violentos hizo que al interior existiera una serie de negociaciones entre los valores traídos de Estados Unidos y los generados acá. Así surge el Barrio 18 y la MS-13 en El Salvador, producto de intercambios culturales, una nueva forma de ser pandilla que desde los primeros años los diferenció de sus homónimos californianos.

Los pandilleros veteranos recuerdan que los deportados de esta pandilla se afincaron en el Parque Libertad del centro capitalino. Posiblemente, porque ese era el lugar donde confluían las pandillas estudiantiles y era una especie de centro juvenil. A principios de los noventa llegó a este lugar un grupo en el que figuraban “Spanky”, “Whisper”, “Cranky”, “Sparky” y otros pandilleros emblemáticos.

“Si, mirá, nadie era de ahí, porque ahí es el centro, ahí no vive nadie. Los deportados eran de otros lugares, tipo Quezaltepeque, San Martín, Soyapango, Ciudad Delgado, pero todos llegaban ahí. Ahí se juntaban a ver los culos, a estar pendejeando, a comer tortas. Luego regresaban a sus lugares, pero ahí era donde todos coincidían. Y, claro, se juntaban con un vergo de bichos estudiantes que se identificaban con la 18 (Barrio 18)”. (Pandillero veterano, entrevista personal, 2015)

Ese fue un período en el que la pandilla no había conformado liderazgos fijos o estables y, por ende, su sistema normativo no era nada estandarizado. Esto no significa que no hubiese figuras de poder. Sin embargo, estas figuras, más que ordenar y normar el grupo, eran una suerte de “guía” que los demás muchachos seguían por imitación y por ese conglomerado de estatus, reconocimiento, temor y admiración que los pandilleros acopian en la palabra polisémica de “respeto”. En el caso del Parque Libertad, la figura más emblemática fue un pandillero deportado conocido como “el

Whisper”. Según cuentan los veteranos de esta pandilla, fue él quien dictó las primeras reglas o formas de comportarse dentro del Barrio 18. A él se le consultaba cuando había problemas y se convirtió en el guía de ese pequeño ejército de jóvenes y adolescentes buscando referentes identitarios.

En 1994 inició realmente un proceso acelerado de nuevas incorporaciones. Los deportados del grupo de “Whisper” habían establecido un lugar contiguo al Parque Libertad, en donde hacían pasar a los advenedizos por el rito de iniciación conocido como “el brinco” (del anglicismo *jump in*, consistente en 18 segundos de golpiza entre tres pandilleros). Con el tiempo, este rito ha cambiado, complejizándose y tomando nuevas variantes según el contexto. A la sazón, nada más había que externar el deseo de pertenecer a la pandilla, haber pasado algunas semanas con ellos y eso era suficiente. El grupo de deportados, si bien todos miembros “oficiales” de la pandilla en Los Ángeles, no era para nada homogéneo. No había prevalencia de ninguna “clica” y se repartían a los nuevos miembros como fichas de póquer o piezas de ajedrez.

De este modo, si quien dirigía el ritual de iniciación era de la “clica” de Hoover, todos los brincados serían de esa “clica”. Lo mismo si quien dirigía era Shatto Park, o Hollywood Gangster. El centro se fue llenando de estos nuevos grupos, con todo un acervo cultural chicano, pero tejidos con jóvenes salvadoreños. Uno de los semilleros más eficientes para el Barrio 18 fueron los pandilleros-estudiantes de la confederación de los institutos nacionales que, como se explicó con anterioridad, tuvieron un conflicto cíclico con los estudiantes-pandilleros de los institutos técnicos.

Los conflictos con la MS-13, que por esos años estaba haciendo lo propio con los estudiantes-pandilleros de la confederación de los institutos técnicos, eran cotidianos y cada vez más fuertes. Este conflicto hizo que cuajaran las estructuras nuevas de la pandilla, ya que al tener un enemigo común que los acechaba, necesitaban más unidad y más orden dentro de los nuevos grupos.

Varios de estos muchachos que habían sido incorporados a la pandilla en el centro capitalino llegaron a sus comunidades y colonias y reprodujeron la pandilla ahí. Así, comenzaron a generarse “clicas” en los municipios aledaños como San Marcos, Quezaltepeque, Apopa, Ilopango, San Bartolo y San Martín; y en colonias como la IVU, la Campanera y la Dina de San Salvador. No obstante, todo seguía centrándose en el lugar que ya a mediados de los noventa se había convertido en el santuario del barrio: el Parque Libertad.

Los deportados trajeron la pandilla y con ella los conflictos con la MS-13. Empero, para 1995, si bien había ya cientos y quizá miles de pandilleros que se decían miembros del Barrio 18, aquello aún no era una estructura

sólida ni articulada. Carecían de comunicación eficiente entre “clicas” de diferentes municipios, y dentro del sistema penitenciario todavía no tenían un número suficiente como para considerarse un grupo de poder. Es en ese contexto de “alta desorganización”, parafraseando a Ward (2012), en donde surgieron y se “lavarón” en la historia los primeros conflictos dentro del Barrio 18.

IV. Secuencia de conflictos y división

“La primera vez que yo vi desvergue en el Barrio fue ahí mismo en el Parque Libertad, una vez que se dieron verga los deportados. A saber por qué, pedo de ellos. La cosa es que se estaban dando con todo. Si ‘el Whisper’ hasta vueltas daba con cada putazo que le metía ‘el Spanky’, que era un gran hijueputa así enorme. Esa vez se dieron verga, todo el grupo, no sé por qué, pero fue bien duro. Y ahí nadie se metió porque era pedo de ellos. Después se dieron la mano –órale, homeboy– y como que no había pasado nada, ahí quedó el problema. Esa fue la primera vez. Ya luego vino todo lo demás”. (Pandillero veterano, entrevista personal, 2015)

En 1995, colaboradores de la MS-13 asesinaron al pandillero que por esos años era considerado lo más parecido a un líder o ranflero general: “el Whisper”. Surgió entonces otra figura de poder: “el Cranky”. Era un pandillero treintañero que había sido deportado en los primeros años de la década de los noventa y que se había ganado la fama de sanguinario en El Salvador. Si “Whisper” era la imagen del pandillero diplomático y conciliador, “Cranky” era el matón. Mientras el primero estaba vivo hacían una buena pareja, pues lo que uno no arreglaba con las palabras el otro lo hacía a tiros o cuchilladas. Sin embargo, cuando “Cranky” se vio a sí mismo como el pandillero de más “respeto” dentro del Barrio 18, comenzó a tomarse atribuciones como árbitro en algunos conflictos. Uno de esos, quizá de los primeros en donde hubo sangre, sucedió a principios de 1996. Un grupo de pandilleros, entre ellos dos deportados, “Sleepy” y “Boxer”, se llevaron a una chica colaboradora de la pandilla hacia un motel. Ahí los pandilleros encendieron los cigarros de marihuana, abrieron las botellas de vodka y al final de la jornada todos, incluyendo a los deportados, violaron a la chica. Al siguiente día ella buscó a “Cranky”. Le dijo lo que los otros pandilleros habían hecho y él montó en cólera. Citó a “Boxer” en un lugar contiguo al Parque Libertad y ahí, luego de una reprimenda verbal, lo apuñaló varias veces. Nadie trató de defenderlo. Todos sabían que “Cranky” era quien llevaba “la palabra”. El pandillero no murió pero quedó malherido, y el hecho sentó un precedente importante: Los problemas al interior de la pandilla también se podían dirimir con sangre.

El siguiente conflicto también involucró al mismo pandillero. Esa vez se debió al control de la venta de droga en la colonia IVU. Ahí controlaba un pandillero, también del Barrio 18, conocido como “el Tío Barba”. Se dispu-

taron por algunos meses el control de la comunidad hasta que “el Cranky” terminó matándolo. Posteriormente, se dio el primer conflicto de gravedad dentro de la pandilla.

“Pasó que unos locos allá en San Marcos mataron a una bicha y la fueron a tirar a otro lado. La cipota era una bicha de esas que andan por todos lados. Y la acusaban de haberse robado unas bolas. Quienes organizaron ese desvergue fueron dos pandilleros, ‘el Dreamer’, deportado de Los Ángeles como los demás, y ‘el Sugar’, un pandillero brincado en El Salvador que fue adicto al pegamento y que encontró en la pandilla una forma de salir adelante y hacerse un nombre. La cosa es que empezaron a darse verga y empezaron a haber muertos, yo calculo que al menos hubo 30 muertos en esa guerra. No era todo el Barrio, era nada más la gente de ‘Cranky’ con la gente de ‘Dreamer’. O sea, IVU contra San Marcos”. (Pandillero veterano, entrevista personal, 2015)

Ese conflicto terminó cuando “Dreamer” y “Sugar” se rindieron y huyeron hacia Estados Unidos. “Cranky” ganaba su segunda guerra dentro de la pandilla. No obstante, nuevas guerras se gestaban.

A finales de la década de los noventa tomaron protagonismo tres pandilleros. Uno de ellos era “el Chino Tres Colas”, un deportado que tenía ya varios años en El Salvador, pero que se había dedicado al narcomenudeo en el sector de la Zona Rosa. El otro era un pandillero conocido como “Lin” o “Viejo Lin”, por ser uno de los más veteranos de estar en la pandilla (un hombre de más de cuarenta años). Y por último estaba una persona conocida en la pandilla como “un chucho casaca”, alguien muy dado a las palabras y a doblar voluntades con ellas.

A principios de los años dos mil, estos pandilleros propusieron una nueva forma de estructurar la pandilla: Formar una red de contactos entre “clicas” de distintos municipios. La idea era sumar la mayor cantidad de “clicas” posible y así ir haciéndose con el control a escala nacional. Estos pandilleros proponían volverse una estructura articulada con alcance en todo el país. A esto se opuso “Cranky”. Tuvieron roces y discusiones con “el Viejo Lin” y su grupo. Acá, es probable que “Cranky” se haya confiado en que ya había ganado dos guerras anteriores contra sus propios *homeboy*.

En esos años, además de los conflictos con “Cranky,” se dieron otro tipo de procesos dentro del sistema penitenciario salvadoreño. La Dirección General de Centro Penales (DGCP) comenzó a concentrar y diferenciar a las pandillas en cárceles exclusivas para estos grupos. El Barrio 18 fue confinado en la penitenciaría de Ciudad Barrios, a cuatro horas de la capital, en la región oriental. Ahí “el Viejo Lin” afianzó el proceso de estructuración de la 18. Formó un grupo de 20 pandilleros representativos de la pandilla de todo el país, a los cuales dominaba y mantenía cerca. Estos pandille-

ros, a su vez, eran responsables de mantener contacto con los pandilleros en libertad de sus sectores, organizar acciones en contra de la MS-13 y administrar los fondos provenientes de las extorsiones, los robos, la venta de drogas, etc. Empero, los mecanismos de control al interior de Ciudad Barrios empezaron a ser incómodos para muchos pandilleros, sobre todo para aquéllos que no confiaban del todo en el nuevo líder.

“Llegó un momento en que fue bien paloma, porque dentro del penal no se podía hablar nada, ni quejarte, ni dar tu opinión si estabas en contra, porque no sabías si con quien hablabas era gente de ‘Lin’ y entonces te iban a matar.” (Pandillero veterano, entrevista personal, 2015)

Muchos pandilleros comenzaron a pedir ser trasladados hacia otros centros penales, con la excusa de que a sus familiares se les hacía muy difícil ir a visitarlos hasta Ciudad Barrios. Así fue como el Barrio 18 llegó al penal “La Esperanza”, conocido como Mariona. En ese centro penal dominaba, de puertas adentro, una banda carcelaria conocida como La Raza, la cual era comandada por el capo Edgardo Bruno Ventura, alias “el Brother”. Todas las fuentes entrevistadas que estuvieron en el período de Bruno Ventura hablan de paz y tranquilidad dentro de Mariona. Los problemas eran dirimidos siempre hablando con este capo y en muy raras ocasiones, y siempre con la venia de él, había asesinatos. Los pandilleros de la MS-13 habían sido trasladados hacia otro penal, y los únicos pandilleros eran los “dieciocheros” que se habían venido desde Ciudad Barrios. Los problemas comenzaron cuando “el Brother” fue trasladado de improviso hacia el único penal de máxima seguridad, dejando a La Raza sin su líder. Su segundo al mando, un hombre de edad conocido como “Viejo Posada”, entró en conflicto con los pandilleros del Barrio 18. Se rumoraba que La Raza planeaba un ataque sorpresa para asesinar a un buen número de pandilleros por la noche. Los pandilleros, superados en número, decidieron armarse. Empezaron un proceso de organización para recoger dinero y poder introducir armas al presidio, para lo cual solicitaron la ayuda, en particular, de “Viejo Lin” y, en general, de toda la facción de la pandilla que estaba en Ciudad Barrios. Este fue un momento crucial para entender la ruptura de la pandilla Barrio 18, puesto que fue en ese momento en el que “el Viejo Lin”, de facto, los dejó fuera.

Según las fuentes, “Viejo Lin” ordenó no ayudar ni con recursos ni con logística a la facción de la pandilla en Mariona. Los pandilleros recluidos ahí buscaron sus propios recursos. Su arsenal consistía en varias libras de pólvora común con la que fabricaron granadas artesanales. También confeccionaron machetes con los ángulos metálicos de las ventanas y de los catres. La tarde del 18 de agosto de 2004 estalló la masacre carcelaria más grande del nuevo milenio. Murieron 34 personas, llevándose la peor parte La Raza. Luego de eso, los 460 pandilleros del Barrio 18 fueron trasladados a Cojutepeque, donde terminaron de generar una identidad de

pandilla, al margen de la hegemonía de “el Viejo Lin” y sus 20 delegados.

Dos años después de la masacre, “Cranky”, el principal representante de esta ala insurrecta y rebelde de la pandilla Barrio 18, fue asesinado por “Chino Tres Colas” bajo las órdenes de “Viejo Lin”, en un centro nocturno ubicado en la 49a. Avenida Sur de San Salvador. Este fue el punto de quiebre definitivo de la pandilla. Después de esto, las “clicas” en la calle tuvieron que escoger a cuál facción asociarse. La pandilla se había dividido.

“Luego de eso todos tuvimos que elegir. Quezaltepeque quedó del lado del grupo de ‘Cranky’, que pasó a ser conocido como ‘los Revolucionarios’. También Apopa, Las Palmas, la IVU, donde quedó llevando palabra otro loco que le decían ‘Duke’, la Dina y algunas otras partecitas. Del lado de ‘Lin’ quedó casi todo Soyapango, allá por la Peralta e Ilopango”.

Entrevistador: ¿Creés que la pandilla vuelva a unirse o creés que ya son dos pandillas?

Pandillero: La pandilla jamás se va a volver a unir, ya son dos pandillas distintas. Ya los bichos no dicen ‘soy 18’. Dicen: ‘Soy sureño’ o ‘soy revolucionario’. Y su odio es más entre ellos que con la Mara Salvatrucha”. (Pandillero veterano, entrevista personal, 2015)

V. A modo de conclusión

- La definición de pandilla como categoría en clave de identidad resulta esencial. La necesidad de construir una definición holística de pandilla tiene, por un lado, el objetivo de marcar distancia con respecto a los grupos barriales de jóvenes, los clubes de aficionados, los grupos deportivos, los grupos culturales, etc., que se encuentran en las comunidades, ya que al ponerlos en un mismo “saco” se podría terminar “suavizando” el accionar delictivo de los pandilleros y criminalizando a los otros grupos. Por otro lado, en un sentido alternativo y en dirección opuesta, también es preciso distinguir entre las pandillas y las bandas especializadas, los carteles de la droga y los grupos del crimen organizado, por ejemplo. En este segundo caso, se corre el riesgo de “sobre-criminalizar” a las pandillas y elaborar estrategias de combate al crimen y la violencia diseñadas para un tipo de agrupación criminal y acabar implementándolas con otra.
- Luego de un análisis sopesado de la organización y el funcionamiento de las tres pandillas más fuertes de El Salvador (acá no se están tomando en cuenta otras pandillas de moderada envergadura como La Mirada Locos, La Máquina, La Mao-Mao o las pandillas carcelarias como La Raza o los Traslados), es posible concluir que la más estructurada, es decir la que cuenta con un sistema jerárquico más



estable y vertical, es la MS-13. Algunos estudios confirman esta tesis (Katz y Amaya, 2015). Mientras que las dos facciones de la pandilla Barrio 18 se han caracterizado por una falta de unidad y por sus constantes pugnas al interior. Prueba de esto es la separación misma de la pandilla en dos grandes grupos, así como una reciente división en Zacatecoluca bajo el comando de un pandillero díscolo conocido como “Chipilín”. Esto no necesariamente implica que la MS-13, al ser más organizada y unificada, sea más violenta o que represente un riesgo mayor para la seguridad pública. El análisis de los hechos lleva a sostener que la pandilla Barrio 18, al tener menor verticalidad y autocontrol, es más propensa a incurrir en hechos violentos y delictivos con una lógica local.

- La facción del Barrio 18 más violenta y con un lineamiento más claro de entrar en conflicto con las fuerzas represivas del Estado es la de “los Revolucionarios”. Buena parte de los actos violentos a gran escala de los últimos años son atribuidos a ellos, como por ejemplo: La quema de una buseta en Mejicanos, en donde murieron 17 personas en 2010; uno de los primeros atentados a un puesto policial en Quezaltepeque, en 2013; diversos homicidios de policías y militares; y el uso de artefactos explosivos contra delegaciones policiales. Estos actos muestran que, si bien es cierto que tanto la facción de “los Sureños” del Barrio 18 como la MS-13 se han involucrado en hechos de violencia severa, entre sí y en contra del Estado, “los Revolucionarios” parecen llevar siempre la batuta.
- Con respecto en concreto a la ruptura de la pandilla Barrio 18, este proceso se debe, entre otras cosas, al choque de dos visiones sobre cómo conducir al grupo. Por un lado, se situaban los pandilleros que querían mantener un sistema “Sureño”, es decir, un sistema muy similar al que llevan las pandillas, incluyendo el Barrio 18, en el sur californiano. Y por otro lado, se hallaban aquellos pandilleros que ya se habían hibridado con las lógicas “criollas” de las bandas y otro tipo de grupos en El Salvador.
- En la ruptura de este grupo, amén del choque de dos perspectivas opuestas, también influyeron las rencillas personales entre pandilleros deportados, quienes se peleaban las cuotas de poder existentes. Los problemas se dan entre unos 20 pandilleros en el interior y fuera de los centros penales. Lo que incrementó y proyectó el conflicto hacia las bases fue el hecho de que este grupo reducido era precisamente el que había traído la pandilla a El Salvador. Cada uno de ellos era representante de una comunidad.
- Este caso, con todo lo particular que pueda tener, en cierto modo refleja la forma natural de separarse de estas organizaciones, en virtud de lo cual los grupos pandilleriles tienden a mutar y transformarse.

VI. Bibliografía

1. Amaya, L. E. y Martínez, J. J. (2012). *Los sistemas de poder, violencia e identidad al interior de la Mara Salvatrucha 13: Una aproximación desde el sistema penitenciario*. El Salvador: UFG Editores.
2. Amaya, L. E. y Martínez, J. J. (2014). *Sureños en El Salvador: Un acercamiento antropológico a las pandillas de deportados*. El Salvador: UFG Editores.
3. Bergman, M., Amaya, L. E., Fondevila, G. y Vilalta, C. (2015). *Reporte de cárceles en El Salvador: Perfiles generales, contexto familiar, delitos, circunstancias del proceso penal y condiciones de vida en la cárcel*. El Salvador: UFG Editores.
4. Blatchford, C. (2011). *Mafia chicana: Memorias de René "Boxer" Enríquez*. México: Ediciones B.
5. Bourdieu, P. (1986). *Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo*. España: Ed. La Piqueta.
6. Bourgois, P. (2013). *En busca de respeto: Vendiendo crack en Harlem*. Venezuela: Espacio Abierto.
7. Breneman, R. (2012). *Homies and Hermanos: God and Gangs in Central America*. United States: Oxford University Press.
8. Ching, E., López, C. G. y Tilley, V. (2007). *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador*. El Salvador: UCA Editores.
9. Cruz, J. M. y Portillo, N. (1998). *Solidaridad y violencia en las pandillas del gran San Salvador: Más allá de la vida loca*. El Salvador: UCA Editores.
10. Dudley, S. (2015). *Una mirada al interior de Barrio 18 en El Salvador*. Recuperado de <http://es.insight-crime.org/analysis/interior-barrio-18-el-salvador>
11. Falla, R. (1993). *Esa muerte que nos hace vivir: Estudio de la religión popular de Escuintla (Guatemala)* (3a ed.). El Salvador: UCA Editores.
12. Goffman, E. (1972). *Internados: Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Argentina: Amorrortu Editores.
13. Howell, J. C. y Griffiths, E. (2015). *Gangs in America's communities* (2a Ed.). United States: SAGE Publications, Inc.
14. Katz, C. y Amaya, L. E. (2015). *The gang truce as a form of violence intervention: Implications for policy and practice*. Recuperado de <http://cvpcs.asu.edu/products/gang-truce-form-violence-intervention-implications-policy-and-practice>
15. Lara, M. (2006). *Hoy te toca la muerte: El imperio de las maras visto desde dentro*. México: Planeta.
16. Lara, C. B. (2003). *Joya de Cerén: La dinámica sociocultural de una comunidad semicampesina de El Salvador*. El Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos.

17. Martín-Baró, I. (1985). *Acción e ideología: Psicología social desde Centroamérica*. El Salvador: UCA Editores.
18. Martínez, J. J. (2013). *Ver, oír, callar: En las profundidades de una pandilla salvadoreña*. El Salvador: Aura ediciones.
19. Martínez, O. y Martínez, J. J. (2014). *La espina de la Mara Salvatrucha*. Recuperado de <http://www.salanegra.elfaro.net/es/201403/cronicas/14879/La-espina-de-la-Mara-Salvatrucha.htm>
20. Perea, C. M. (2007). *Definición y categorización de pandillas*. Estados Unidos: Secretaría General de la Organización de los Estados Americanos.
21. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2009). *Informe sobre desarrollo humano para América Central 2009-2010: Abrir espacios para la seguridad ciudadana y el desarrollo humano*. Colombia: D'vinni S.A.
22. Santacruz, M. L. y Concha-Eastman, A. (2001). *Barrio adentro: La solidaridad violenta de las pandillas*. El Salvador: UCA Editores.
23. Savenije, W. (2004). *Compitiendo en bravuras: Violencia estudiantil en el Área Metropolitana de San Salvador*. El Salvador: FLACSO-Programa El Salvador.
24. Savenije, W. (2009). *Maras y barras: Pandillas y violencia juvenil en los barrios marginales de Centroamérica*. El Salvador: FLACSO-Programa El Salvador.
25. Scandroglio, B. y López, J. S. (2010). Investigación-acción-participativa con la agrupación Latin King en Madrid: Potencialidades y límites de una estrategia alternativa al control de los grupos juveniles conflictivos. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*. (5), Número 2. Pp. 222-255.
26. Silva, H. (2014). *Infiltrados: Crónica de la corrupción en la PNC (1992-2013)*. El Salvador: UCA Editores.
27. Smutt, M. y Miranda, J. L. (1998). *El fenómeno de las pandillas en El Salvador*. El Salvador: FLACSO-Programa El Salvador.
28. Valenzuela, J. M., Nateras, A. y Reguillo, R. (2007). *Las maras: Identidades juveniles al límite*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, El Colegio de la Frontera Norte, Casa Juan Pablos.
29. Vergara, A. (2010). *Dentro de los túneles de sentido: Violencia, imaginarios, organización social, rituales y lenguaje en las pandillas juveniles de Ayacucho, Perú*. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
30. Ward, T. W. (2012). *Gangsters without borders: An ethnography of a Salvadoran street gang*. UK: Oxford University Press.

Anexo 1

Línea de tiempo de los conflictos en el Barrio 18

Principios de los años noventa:

Proceso de deportación masiva de miembros de la pandilla Barrio 18 desde Los Ángeles California

1995:

Asesinato de "Whisper", primer líder del Barrio 18 en el país, a manos de colaboradores de la MS-13

1996:

Inicio de conflictos protagonizados por pandilleros connotados del Barrio 18 incluyendo "Cranky", quien empieza a perfilarse como figura de poder.

Finales de los años noventa:

Conflictos por el control de la venta de droga en la colonia IVU entre "Cranky" y "Tío Barba". Asimismo, rencillas entre el grupo de "Cranky" y el de "Dreamer".

Principios de los años dos mil:

Conflictos por la conducción estratégica del Barrio 18 entre el grupo de "Cranky" y el de "Viejo Lin". Además, formación de grupos de "dieciocheros" dentro de Mariona alterno al de "Viejo Lin".

2004:

Masacre carcelaria en Mariona, con lo cual se consolida dentro del Barrio 18 el grupo alterno al de "Viejo Lin".

2006:

Asesinato de "Cranky" a manos de "Chino Tres Colas" por órdenes de "Viejo Lin".

2012:

Incorporación al proceso de "tregua entre pandillas" como grupos separados en "Sureños" y "Revolucionarios".